



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

ANO I.—EPOCA 2.ª

4 DE NOVIEMBRE DE 1870.

NUM. 4.º

LAS DOS BANDERAS.

No hay poder sin fuerza; no hay sociedad sin gobierno.

Y no nos referimos á la fuerza natural, esa fuerza inconsciente y peligrosa porque avasalla y tiraniza, sino á la fuerza moral, que es la que presta robusto apoyo á los grandes intereses sociales.

Pero no basta que la idea moral exista para que se imponga; es preciso que la fuerza moral se propague y se generalice.

Mientras las grandes ideas se desconozcan universalmente, mientras vivan ignoradas, mientras no se popularicen, no pueden dar resultados prácticos y positivos.

De nada sirve que un Estado tenga á su disposición una gran fuerza material para imponer su voluntad soberana; de nada sirve que los principios de gobierno estén admirablemente comprendidos por algunos hombres científicos; de nada sirve que el mecanismo político se ajuste á una forma perfecta, si el individuo no colabora eficazmente en la gran obra social, contribuyendo con su conducta honra-

da y con su doctrina salvadora, al bien y al engrandecimiento público.

El individuo es el gran elemento de gobierno, y mientras la política no busque con afán vehemente la moralidad del individuo, no es posible la armonía ni el concierto de las aspiraciones colectivas.

Prescíndase de la moralidad individual, consúltese al rigorismo de las fórmulas, y por grande y fastuoso que sea el plan político que se trace, nunca podrá convertirse en gobierno práctico.

Es fácil, muy fácil ganar prosélitos y conquistar simpatías con la brillantez de las teorías y la elocuencia de los conceptos; pero es muy difícil acreditar las ideas y los conceptos en la piedra de toque de la experiencia.

La palabra *tolerancia* es seductora; la palabra *intolerancia* es antipática y repulsiva.

Y el que toma por escudo de su bandera la tolerancia no puede menos de arrastrar y seducir los corazones generosos; pero el que, por el contrario, reviste sus doctrinas con el carácter de la intolerancia, despierta la indignación y la antipatía universal.

Sin embargo, preciso es confesar

que las apariencias engañan, y que esas palabras de relumbron son muy falaces. ¡Tolerancia! ¡Tolerancia! ¿Y qué es la tolerancia?

¿Es acaso la tolerancia el asentimiento á todos los abusos y á todas las aberraciones?

¿Es acaso la tolerancia la conformidad con todos los errores y todas las injusticias?

¿Es, por ventura, esa palabra irresistible la panacea de todos los males políticos y el resorte de todo gobierno?

Si hemos de dar crédito á los radicales de la tolerancia, esa palabra, convertida en hecho práctico, resuelve el problema social y asegura la paz y la ventura de los pueblos.

Si hemos de inspirarnos en la razón de las cosas, la tolerancia no puede transigir jamás con el error ni con la injusticia.

Si hemos de consultar la filosofía más fundamental, que es la filosofía que se deriva de la verdad cristiana, encontraremos admirablemente resuelto el problema de la tolerancia é intolerancia con este sublime principio: *tolerancia con las personas; intolerancia con los errores.* ¿Puede darse so-

lucion más lógica ni más levantada que la que está condensada en esa fórmula de amor y de justicia?

No se nos arguya con la sutileza escéptica y vulgar de que nadie puede vanagloriarse de afirmar como verdades sus conceptos ni de condenar como errores los ajenos.

Sobre ese sofisma está el testimonio de la conciencia universal, que dice en voz muy alta que hay ciertas doctrinas absurdas á la luz de la razón y rechazadas por el criterio público.

Sobre ese sofisma están las ciencias morales, que van probando la verdad de sus principios en cuanto se conforman con las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas.

Sobre ese sofisma está para los cristianos la verdad predicada por el Hombre-Dios y las verdades promulgadas por la institución santa á quien encomendó el sagrado depósito de sus doctrinas.

Y si no admitiéramos como verdades algunos principios, valiera más que abdicáramos nuestra razón y que nos dejáramos arrastrar como el bruto por la ley inconsciente del instinto, que no devorar la amargura del escepticismo, renunciar á la fé, cerrar el corazón á la esperanza; pero no, semejante hipótesis es monstruosa y se opone á las leyes de nuestro ser y de nuestro destino.

Es preciso, pues, que aceptemos ciertas verdades como dogmas sociales y políticos, y que sobre esas verdades, que están demostradas unas por la razón universal y otras por la razón cristiana y por las elucubraciones científicas, no admitamos una discusión disolvente, porque discusión disolvente es la que se refiere á combatir nuestra existencia ó los principios que le son correlativos.

Estamos ya en la cuestión.

Desde el instante en que el criterio del gobierno reconoce algunos dogmas sociales y políticos, desde que tiene un punto de partida, desde que admite una base para levantar el edificio, esa base es sagrada é indiscutible, porque si se discutiera sería lo mismo que negar la evidencia y renunciar á la verdad, sería lo mismo que condenarse á morir en una duda eterna y re-

signarse al escepticismo, que es el martirio más tremendo del alma.

Afirmemos, y afirmemos con fé profunda: hé aquí la aspiración más digna del hombre, porque sin afirmaciones ni reconoce su existencia, ni reconoce la del *Ser Supremo*.

Pero no afirmemos la negación; que también, filosóficamente hablando, afirma el que niega; afirmemos hechos positivos, afirmemos principios, afirmemos doctrinas.

Tal es el sólido cimiento sobre el que puede levantarse el gobierno de los pueblos, porque no se concibe la idea de gobierno sin un criterio ilustrado, no se concibe sin una regla de conducta, no se concibe sin principios fundamentales á que ajustarse inflexiblemente.

Y téngase en cuenta que ese criterio no es el criterio vulgar y espontáneo del hombre, sino el criterio analítico y reflexivo, ese criterio que se educa en el estudio y que se ilustra experimentalmente.

Luego es preciso encerrarse en este dilema: «O admitir principios de gobierno, como expresión genuina de las leyes que se derivan de la razón en cuanto se refiere á la existencia colectiva en que los hombres viven, ó rechazar todo principio positivo, renunciando al testimonio de nuestra conciencia, profanando los fueros de la ciencia y protestando de la perfectibilidad humana.»

En el primer caso, es preciso rendir culto á esos principios salvadores y defenderlos con ardimiento y entusiasmo, porque ellos entrañan la esencia de la justicia, el espíritu del bien y el germen del progreso; porque ellos son la gran conquista de la ciencia ó la verdad de la fé; porque ellos y solo ellos pueden hacer en el mundo la felicidad humana.

Y para salvarlos y defenderlos hay que acudir á un principio inflexible é inquebrantable: el principio de *autoridad*.

Véase, pues, cómo la autoridad significa el escudo diamantino de las grandes verdades de gobierno, de esas verdades sin las cuales no pueden conciliarse las aspiraciones ni concertarse los intereses del hombre en la vida social.

Si, por el contrario, se niega la pri-

mera parte del dilema que hemos propuesto, y solo se cree en una verdad terrible, en la verdad de la duda sistemática, ó de la negación completa; si solo se afirma para dudar ó para negar, entonces tendremos que renunciar á todo principio salvador, á toda conquista científica, á toda verdad axiomática, y con ese interés escéptico ó negativo no es posible ni aun el liberalismo, ó sea el procedimiento de gobierno que prescinde de los grandes principios sociales y consulta á las aspiraciones generales, ó, en otros términos, que se inspira en la fuerza del número y no en la fuerza de la justicia.

No somos exigentes, ni intolerantes sistemáticos, porque limitamos nuestra exigencia á defender como dogma los principios morales reconocidos como verdades, y nuestra intolerancia á combatir los errores que se oponen á las doctrinas fundamentales de gobierno; pero admitimos la discusión en todo cuanto se refiere á la aplicación de esos principios á las instituciones públicas; en todo cuanto se refiere á los accidentes; en todo, en fin, cuanto es de forma, y llevamos nuestra tolerancia hasta el extremo del amor más abnegado y del sacrificio más heroico por el bien de nuestros semejantes.

Ahora bien: ¿cuál es la tolerancia más racional: la que se tiene para el error ó la que se guarda para las personas?

¿Cuál es la bandera más santa: la que, reconociendo verdades incontrovertibles, las defiende con entusiasmo, ó la que, no reconociendo ninguna, lo deja todo al albedrío público?

La primera es la bandera de la autoridad.

La segunda, la de la libertad, tal como la entiende el liberalismo.

¿Cuál de las dos será la bandera del derecho?

JUAN CANCIO MENA.

CELEBRIDADES VASCO-NAVARRAS (1).

EL DOCTOR DON SATURNINO LIZARRAGA.

La belleza y la magnitud de las cosas dependen, mas que de lo que son en sí mismas, del prisma bajo el cual se miran.

(1) Nos proponemos de cuando en cuando hacer justicia al talento y á las virtudes de los vasco-navarros, cuya celebridad exige este homenaje. Hoy como ven nuestros lectores inauguramos tan grata tarea.

Y esta verdad que se acredita constantemente en la vida práctica demuestra de un modo ostensible, no solo la frivolidad del vulgo, sino la ligereza de los juicios humanos.

No basta que un hombre acredite su robusta inteligencia y su profunda ilustración para que el mundo reconozca y admire sus facultades, sino que es preciso que se coloque en un punto culminante y fastuoso para que la altura material en que se le contempla y el esplendor de que se le vé rodeado, le hagan aparecer sublime y misterioso.

Por eso el bautismo de los hombres eminentes no son sus ideas y sus hechos, mientras estas ideas no se manifiesten de un modo solemne y estos hechos no se realicen de una manera ostentosa.

La modestia y el alejamiento de los centros de apariencia social mantienen el mérito desnudo de la fama.

Estas consideraciones nos las inspira un hombre á quien conocimos de siempre, á quien vemos constantemente, y cuyas raras y eminentes cualidades como operador quirúrgico admiramos con verdadero entusiasmo; este hombre de tan relevantes cualidades es el doctor médico D. Saturnino Lizarraga, hijo de una de las capitales del país vasco-navarro, de la ciudad de Pamplona.

El doctor Lizarraga acababa de concluir su carrera en el colegio de Barcelona en el año de 1832, cuando la diputación de Navarra le encomendó una de las cátedras del colegio de medicina de este antiguo reino.

El joven médico, tan inteligente como celoso y modesto, se dedicó con afán prolijo y vocación pronunciada á las operaciones quirúrgicas desde el momento que tuvo á su cargo dolientes á quienes curar.

Sorprendió desde luego la confianza espontánea y la actitud franca y humilde con que se prestaba á acometer operaciones arriesgadas; pero sorprendió mas todavía el éxito feliz con que las terminaba.

No era aquel tiempo el tiempo del adelanto quirúrgico, y esa circunstancia realizaba más y más al joven profesor que tan hábilmente hacia una amputación difícil y peligrosa y que, sin acordarse para nada del mérito que contraía y de la gloria que conquistaba, solo pensaba en los enfermos á quienes pudiera defender una vida preciosa, solo se preocupaba en el bien de la humanidad. Pronto, muy pronto, fueron conocidas las relevantes prendas que adornaban al simpático y modesto doctor.

El tiempo, que es el gran juez de los hombres, iba aumentando el prestigio y la reputación de Lizarraga, y á los pocos años de su residencia en Pamplona, compartía la clientela médica más distinguida, por su cantidad y calidad, con el eminente doctor D. Rufino Landa, catedrático de la facultad y padre de nuestro querido amigo don Nicasio, que tan alto ha elevado su nombre como hombre de ciencia y como escritor concienzudo y elegante.

Pero si en la medicina conquistó tan sólida reputación, en la quirúrgica fué reconocido como el profesor más hábil y atrevido.

Los casos más difíciles los allanaba, los obstáculos más grandes los vencía. Y por delicadas y complejas que fuesen las operaciones que se le presentaban, todas las acometía con ánimo sereno y confianza profunda.

La sala quirúrgica del gran hospital provincial de Navarra, que está á su cargo desde hace muchos años, ha sido el gran escenario de sus benéficos hechos, porque son infinitas las personas que han acudido á su especialísima aptitud para buscar alivio á sus males; y tantos como han sido los que á sus espertas manos se confiaron, tantos fueron los que admiraron su saber y su prodigiosa habilidad.

Pero el doctor Lizarraga ni abusa de sus facultades ni hace alarde de su talento, sino que se presta dócilmente á todo sacrificio por aliviar las dolencias de sus semejantes, y allá donde es llamado, allá acude presuroso, sin que la distancia ni otros obstáculos le detengan en su noble empresa.

Cuando alguna operación difícil le lleva á algun pueblo de la provincia, es frecuente verle rodeado de gran número de facultativos que quieren presenciársela. En una de ellas que verificó en Erice se reunieron once profesores. Este solo hecho acredita el prestigio y la respetabilidad que acompañan á su nombre.

Y donde Lizarraga presta servicios importantísimos es en esos partos laboriosos y críticos que comprometen la vida de la mujer y la de la criatura. Entonces, cuando el terror preocupa los corazones de una familia inquieta y angustiada, cuando parece que están agotados todos los recursos del arte, cuando desfallecen todas las esperanzas, el hábil doctor quirúrgico devuelve la calma perdida con su actitud serena y tranquila, y en pocos instantes corrige la naturaleza estraviada; y la terrible lucha que se opera en las entrañas de una madre la convierte en dos preciosas existencias. Este hecho, que tanto vale y tanto significa, es uno de los episodios más vulgares de la vida profesional de Lizarraga. No hace mucho tiempo que fué llamado á las once de la noche para asistir en tan apurado trance á una parturienta, que era víctima de terribles sufrimientos y cuya vida se veía en gran peligro; y á las once y media regresaba tranquilamente á su casa, después de haber ejecutado con tanta prontitud como brevedad una operación que bien puede llamarse un verdadero milagro quirúrgico.

Podríamos citar casos infinitos que acreditan la especial aptitud del doctor que nos ocupa, en esta clase de operaciones; pero todo cuanto pudiéramos decir sería pálido al lado de la reputación que ha conquistado en la capital de Navarra.

Otra de las operaciones que ejecutó con éxito admirable y que por casualidad re-

cordamos, fué la extracción de una lupia enorme, pues su peso era de trece libras. Era por cierto una persona muy respetable la que sufría este tumor, y aunque le amargaba en extremo la vida, creía que era imposible verse libre de aquel terrible aditamento. Un amigo suyo le indicó la idea de extraérselo; pero él la creyó imposible. —¿Conoce Vd. á Lizarraga? Le dijo al paciente.—No le conozco, le contestó, pero no se atrevería á acometer una operación tan arriesgada.

Pocos días después consultaba el caso con el distinguido doctor, y la confianza con que le respondió del éxito le alentó á dejarse operar. Un cuarto de hora bastó para que aquel terrible tumor se pudiese examinar fuera del cuerpo en que estaba adherido. El paciente no pudo creer lo que veía cuando se despertó del letargo que le produjo el cloroformo, y no encuentra frases bastante significativas para enaltecer el mérito del profesor y para acreditarle su reconocimiento.

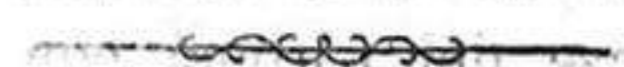
El público y las autoridades hacen justicia á las relevantes dotes de D. Saturnino Lizarraga. Por eso ha desempeñado todas las funciones administrativas más importantes propias de su profesión. Ha sido miembro de las juntas de sanidad, de beneficencia, de cárceles, y es desde hace algunos años subdelegado de medicina de la provincia y primer médico de la beneficencia provincial. El año 1840 fué agraciado con la encomienda de Isabel la Católica, por sus relevantes y especiales servicios.

Durante el tiempo que desempeñó la cátedra de cirugía menor ó de ministrantes, tuvo la satisfacción de que todos sus discípulos fuesen aprobados en el Colegio de San Carlos de Madrid, en virtud de los excelentes ejercicios que practicaron, ejercicios en los que acreditaron la aptitud y el celo de su maestro.

Otro hecho que demuestra la reputación de Lizarraga, y el aprecio en que le tienen las autoridades, es el siguiente. Hace algunos años trató la excelentísima diputación acerca de los sueldos de los facultativos de la beneficencia provincial, y se decidió á aumentarlos; pero cuando consideró los eminentes y especiales servicios del doctor Lizarraga, no creyó bastante el aumento de la consignación de su plaza, sino que quiso premiarle señaladamente, y lo premió con una gratificación personal.

Todo cuanto se diga del profesor médico-quirúrgico que nos ocupa es incoloro al lado de su providencial aptitud; pero los que le conocemos y le apreciamos debemos aplaudirle públicamente, porque de este modo, no solo hacemos justicia á sus merecimientos, sino que podemos ser causa de que sus servicios se utilicen y se conviertan en bien de la humanidad. Por eso, aun á riesgo de lastimar su modestia, le dedica este artículo en testimonio de admiración

EL PAÍS VASCO-NAVARRO.



LA ACCION DE VITORIA.

(Continuacion)

Llegada la relacion de D. Félix á este punto, satisfizo Sofía la curiosidad de María y de Juan, refiriendo todo lo que habia pasado desde que D. Félix se presentó en aquella casa.

Cuando estaban tratando qué medio seria mejor para poner en salvo á D. Félix, opinando unánimes que debia permanecer oculto por unos dias, hasta que encontrasen una ocasion de que pudiera escaparse sin riesgo, un suceso insignificante vino á echar por tierra todos sus planes.

La criada de la casa, solícita por dar cuenta á su ama de las compras que habia hecho para la comida que se preparaba, se presentó repentinamente en la sala, sin que diera lugar á que se ocultase el capitán, por pronto que María tratara de mandarla á la cocina.

Era, pues, necesario cambiar de plan, porque, ó habia que contar con la criada para la ocultacion del capitán, esponiéndose á que aquella cometiera una imprudencia, pues sabido es que las criadas tienen por costumbre charlar todo lo que saben y aun lo que no saben, ó habia que decirle alguna mentira sobre la presencia de D. Félix en la casa, mentira que se divulgaría indudablemente, dando lugar á que se llegase á saber la verdad.

Habia, pues, que pensar en algun otro medio que salvase estos inconvenientes.

María, dotada de un génio vivo é impresionable, propuso inmediatamente el modo, si no más fácil, por lo menos el más breve, de que el capitán volviese entre los suyos.

—Pepa—dijo—no conoce á Julian. Usted, D. Félix, va á hacer el papel de mi marido por unas horas.

—¿Estás loca, María?—exclamó su hermana, sorprendida de lo que oía.

—Déjela Vd. que se explique.

—Diga Vd., diga Vd., que el demonio me lleve si no va á decir una cosa que vale mucho,—exclamó Juan.

—Hé dicho y repito que D. Félix va á reemplazar á Julian por unas horas. Nada más que el tiempo necesario para comer con nosotros.

—¿Con quién? ¿Con la coronela y.....

—Y con el coronel, eso es, y con sus ayudantes, á quienes he convidado hace un momento. Con ellos cuento precisamente para que D. Félix se marche hoy mismo, sin esperar á mañana.

—¿Qué! ¿Acaso vas á contarles.....

—¿Qué disparate! Muy lejos de eso: ya me guardaré yo muy bien. Ninguno de los convidados conoce á Julian: les diremos que ha venido de oculto, sin licencia, arriesgando su vida, por solo el gusto de estar en nuestra compañía unas horas el dia de su santo; que quiere volverse inmediatamente despues de la comida, y sacaremos un pase del coronel con el cual le

abran las puertas de la ciudad. Una vez fuera, yo espero.....

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Viva la Rei...—pero no concluyó la frase el bueno de Juan, acordándose de pronto que se hallaba delante el capitán carlista.

—¿Pero tendrás suficiente valor y serenidad para hacer lo que dices?—le preguntó Sofía.

—Yo respondo de mí. ¿Tendrás tú valor bastante?....

—Si Vds. están serenos—contestó Sofía, fijando la vista en María y mirando de soslayo al capitán,—Vds. me infundirán el valor suficiente para no hacerles traicion.

—¡Imposible!—expuso Villanueva—¡imposible! Yo no puedo, yo no debo aceptarlo.

—¿Cómo! ¿Rehusaría Vd.?...

—Perdóneme Vd., Sofía. El sacrificio que quieren Vds. hacer es demasiado grande para que yo consienta en él; y además, el juramento.....

—¡Un juramento! y ¿á quién?—preguntó Sofía, antes de que D. Félix acabase la frase.

—A la causa que defiende.

—¿A la causa! ¿Y acaso no le dice á usted otro juramento más grande, que es el prestado como cristiano, que está Vd. obligado á defender su vida?—le dijo Sofía.

—¿Y qué?—expuso exaltada María—¿Y qué? ¿No será Vd. más útil á esa misma causa batiéndose mañana entre los suyos que inmolándose hoy por una delicadeza mal entendida?

—Además, entiendo que es una cobardía.....

—Dispénsame Vd. que le interrumpa, D. Félix—replicó María,—diciéndole que creo que es más cobarde el no aceptar.

—Y sobre todo—añadió enfadada su hermana,—es menos noble, menos...

—Pero...

—Este hombre es una roca,—dijo Sofía en tono de resentimiento.

—Basta—exclamó D. Félix,—basta; me entrego á Vds. con los brazos atados.

—¡Gracias á Dios!

—¡Oh! Sí, gracias, D. Félix.

—Ea, pues, D. Félix—dijo María,—ahora se va Vd. á descansar con toda tranquilidad, y llegada la hora de comer se viste Vd. con la ropa de Julian, que la dejaré preparada, y se presenta Vd. á desempeñar su papel. ¡Cuidado con olvidar que se llama Vd. D. Julian de Zárate!

—Pierda Vd. cuidado, señora; no puedo olvidar con la facilidad que Vd. se figura un nombre que tengo grabado en el fondo del corazón.

Pocos momentos despues, la criada, que se habia apresurado á preguntar á Juan quién era el hombre que habia en la sala en mangas de camisa, sabia ya que era el amo de la casa.

La hora de la comida se acercaba, y María, no solo no daba muestras de vacilar pensando en lo que iba á suceder, sino que, por el contrario, se la veia más contenta y alegre que de ordinario.

Sofía no las tenia todas consigo, y hubo momentos en que pensó hacerse la enferma, si es que no lo estaba ya realmente, y acostarse, evitando de este modo su presencia en la mesa.

Juan parecia sereno, impasible; pero pensaba allá, en su interior, que si llegaba á descubrirse la trama urdida, fusilaban por el pronto al capitán, despues á él, y más tarde, quizás, quizás, á sus pobres amas.

Mientras tanto, D. Félix Villanueva dormia, rendido de la fatiga del dia, y soñaba que á la cabecera de su cama tenia un ángel que velaba por él.

Al despertar halló á Sofía que venia á decirle que la hora de la prueba habia llegado ya.

Hacia un corto rato que se hallaban reunidos en el comedor el coronel, su señora y dos tenientes, ayudantes de aquel, á todos los que María habia ya referido el cuento de la llegada impensada del capitán Zárate.

Poco despues se presentó D. Félix, vestido con el uniforme de capitán del ejército de la reina, dando el brazo á Sofía, en el que tenia esta realmente necesidad de apoyarse para no caer. Mientras que el capitán saludaba afectuoso y hasta risueño á los concurrentes, la pobre niña, pálida, descajada, tenia la vista fija en el suelo, temiendo que si miraba de frente le conocieran en la cara lo que pasaba en su corazón.

Afortunadamente, nadie fijó la atencion en ella, pues todos los saludos y demostraciones se dirigian, como era natural, al recién llegado.

—Ea, señores, á la mesa; exclamó María, alegre y decidora como nunca. Usted aquí, coronel; la coronela en este otro lado. Ustedes, señores, dijo dirigiéndose á los tenientes, á ámbos lados de la jefe: es el punto que por derecho les corresponde á Vds.; yo al lado del coronel, y me voy á tomar la libertad de colocar á mi izquierda á mi esposo, y al otro lado de tu hermano, tú, Sofía, pues ya que trata de escaparse, es necesario que le tengamos preso.

—En verdad, dijo la coronela, que no debiera dejársele marchar hoy.

—Es Vd. muy amable, señora; pero pregunte Vd. á su esposo qué haria en mi lugar, y yo estoy dispuesto á hacer lo que él hiciera.

—Quizás, capitán, no hubiera obrado como Vd.; pero con seguridad obraria como Vd. va á obrar.

—Tenga Vd. presente, coronel, que soy recién casado, dijo sonriendo el capitán. Además, he venido, como Vd. puede figurarse, con anuencia de mi jefe, si bien no he querido exigir de él un pase escrito, pues si yo estaba dispuesto á arriesgar hasta la vida, por tal de comer hoy en compañía de los únicos seres queridos que tengo en este mundo—añadió D. Félix, poniendo sus manos en los hombros de las dos hermanas,—no debia comprometer á mi jefe y mi amigo.

—Ya he dicho á su señora de Vd. que para la vuelta tendrá Vd. un pase.

—Ha hecho muy mal María en abusar de su amabilidad de Vd. Yo me hubiera arreglado...

—No era fácil, en verdad; pues Vd. sabe que las puertas de la ciudad se hallan cerradas.

—¡Ah! Cierto, no me acordaba. Una vez en el campo, pronto estaré entre los míos, pues se hallan acampados en Legarda.

—De todos modos, ha sido una locura lo que ha hecho Vd., capitán; y no porque una vez le haya salido bien, debe repetirla.

—Ya le he dicho—expuso María,—que no le agradezco la satisfacción que nos dá, por el disgusto que nos proporciona.

Mientras esta conversacion tenia lugar, Sofía no levantaba los ojos del plato, y tal era el miedo de que estaba apoderada, que, pálida, blanca más bien como el mantel que tenia delante, púsose á temblar como una azogada.

Uno de los tenientes que se hallaba á su lado, observando su estado de agitacion, la preguntó si estaba indispueta.

—No, no tengo nada, contestó Sofía más muerta que viva.

—¡Pobre niña! dijo D. Félix con la mayor naturalidad del mundo, al oír la pregunta del teniente. Aun no se le ha pasado el susto del cuerpo, y estoy seguro de que se figura que van á fusilarme ó poco menos.

La conversacion giró luego sobre el hecho de armas de aquel día. Todos estaban acordados en que el enemigo se habia batido como bueno. Fué una fortuna esta unanimidad de pareceres, porque, de poner en duda el valor del enemigo, posible hubiera sido que, resentido su amor propio, D. Félix cometiera una imprudencia.

Llegó la hora de los postres, y el coronel creyó brindar por el feliz regreso del amo de la casa á las filas de sus camaradas.

Poco despues púsose en pie uno de los tenientes, y, levantando en alto la copa que tenia en la mano, dijo con voz fuerte:

—¡Brindo, señores, por la destruccion del ejército faccioso!

Al oír aquel brindis, D. Félix, que se habia levantado para hacer chocar su copa con la del teniente, la arrojó lejos de sí, haciéndola saltar en mil pedazos contra la pared de enfrente, y exclamando con acento claro pero rápido:

—¡Jamás brindaré por eso!

Un grito de sorpresa, unido á otro de temor y sobresalto, resonó en el comedor, y las miradas de todos los concurrentes se fijaron en el capitán, que las afrontó impávido y sereno.

—No comprendo, capitán.....—dijo al fin el coronel.

—¡Hay ofensas, capitán, que solo se laban con sangre!—gritó el teniente que habia propuesto el brindis.

—No acostumbro á economizar la mia—contestó D. Félix en tono digno.

María, haciendo un esfuerzo sobrehumano para sobreponerse al terror de que

estaba poseida, se levantó, sosteniéndose con ambas manos en la mesa para no caer de bruces, y balbuceó en tono suplicante:

—¡Haya paz, señores! ¡Yo se lo suplico á Vds.! ¡Os lo pide una dama!

Estas palabras, dichas en tono angustioso y con una voz de ángel, sirvieron para aplacar por un momento los ánimos de los contendientes.

Mientras tanto, Sofía no pudo hacer otra cosa que levantar sus hermosos ojos y fijarlos en la mirada serena é inmutable del capitán, que, desafiando las amenazas que parecia le dirigian de todas partes, se encontró sin valor bastante para oponerse á la súplica muda, pero espresiva, de aquella mujer.

Aquellos segundos de tregua bastaron á María para inventar una fábula que sirviera de lenitivo á la imprudencia cometida por D. Félix.

—¡Por Dios, señores! se apresuró á decir antes de que tuvieran tiempo de reponerse del efecto causado por sus palabras. ¡Por Dios, señores, que para condenar á un reo es necesario oírle antes! Todos Vds. ignoran, seguramente, que Julian fué hecho prisionero en la accion de Mendata, y que sin la generosidad del jefe carlista no tendria yo esposo á estas horas. Y ¿por qué, pues, se ha de estrañar que no quiera la destruccion de todo el bando contrario, cuando en ese todo tiene que ir incluido indefectiblemente el hombre á quien debe la vida? Señores, pónganse Vds. en su lugar....

Y cayó en la silla, agotadas sus fuerzas con el esfuerzo que habia hecho.

—Ignorábamos ciertamente ese hecho—replicó el coronel;—pero me alegraria que el Sr. de Zárate, capitán en las filas de la reina, espresara su reconocimiento con un poco menos de entusiasmo.

—Yo pido á Vds., señores, mil perdones, dijo D. Félix fijando su mirada en la mirada lánguida de Sofía, pues soy el primero en conocer que he obrado muy de ligero—y recalcó estas últimas palabras.—Yo soy, señores, el primero en brindar por el éxito de nuestra causa; pero una deuda de caballero, que Vds. la comprenderán ahora seguramente, me prohíbe desear la completa destruccion de nuestros enemigos: además, son españoles, señores, y dia llegará en que la nacion necesite de todos sus hijos. Brindemos, pues, teniente, por el completo éxito de nuestra causa—y al decir esto, le alargó la mano que el teniente se apresuró á estrechar,—y tenga Vd. la seguridad de que nunca he ofendido á sabiendas.

—Basta, todo ha concluido—dijeron á un tiempo el coronel y sus ayudantes, y, levantándose, chocaron sus copas con la de Sofía, que se hallaba en la mano de D. Félix, y brindaron en coro:—¡Por el triunfo de nuestra causa!

En aquel mismo momento vinieron á anunciar al coronel que habia en la puerta un sargento que deseaba hablarle.

Apenas salió el coronel, María recordó á

D. Félix que era ya hora de que pensara en marcharse; y pareciéndole al capitán oportuna la escitacion, púsose en pié con ánimo de obedecerla.

En aquel momento volvia á entrar el coronel.

—Me marchó, coronel—dijo D. Félix dirigiéndose á este.

—¡No por Dios! No le doy mi permiso por ahora. Va Vd. á hacerme el obsequio de detenerse unos instantes, porque necesito de su presencia de Vd.

Estas palabras, aunque dichas con el tono mas natural del mundo, produjeron en el ánimo de las dos mujeres de la casa, y aun en el mismo D. Félix, una inquietud inesplicable. Parecia que presagiaban algun nuevo suceso.

—¿Y qué falta puedo hacer á Vd. yo?—balbuceó el capitán.

—¡Ahí es nada! Quiero que vea Vd. á otro Vd.; al segundo D. Julian de Zárate.

—¡Usted se chancea!.....—tartamudeó María.

—Seguramente el coronel tiene gana de broma.....—dijo D. Félix casi maquinalmente.

—No hay tal. Dentro de breves instantes estará en nuestra presencia el Sr. D. Julian de Zárate.

Un rayo que hubiera caido en medio de la mesa no hubiera hecho en D. Félix y las dos hermanas el efecto que hicieron las palabras del coronel.

Los tres quedaron como petrificados, y debió trabárseles la lengua, porque no pudieron articular una sola sílaba.

(Se continuará.)

S. GOICOECHEA.

(Del libro *Ellos y nosotros*.)

UNA VISITA AL CEMENTERIO.

MEDITACIONES.

I.

En el campo de la muerte
fijo temblando mi paso,
y con mi mente repaso
¡cuánto la vida es fugaz!
Miles de generaciones
que en el mundo florecieron,
¡cuán presto se confundieron
de la parca ante la faz!

II.

Millares de calaveras,
con sus espantosos huecos
y restos pelados, secos,
hieron mi corazon,
al contemplar que en un día
fueron el pasmo del mundo
y hoy yacen en lo profundo
de la fúnebre mansion.

III.

Silencio, calma, reposo
enderredor solo miro;
de las auras el suspiro
tampoco se oye vagar.
Altos torreones de piedra,

fruto del orgullo humano,
en la tumba del cristiano
solo veo colocar.

IV.

Aquí descubren mis ojos
opulento cenotafio,
y en su dorado epitafio,
esculpido con afan,
registro que de un magnate,
del siglo muy aplaudido,
entre el polvo confundido
los restos frios están.

V.

Más allá..... de una doncella
jóven, brillante y hermosa,
contemplo marmórea losa
que sus gracias ocultó.
Porque envidiosa la parca,
robando sus ilusiones,
del mundo á las pretensiones
para siempre la eclipsó.

VI.

Más allá..... de un pobre anciano
diviso la sepultura
que en su vida pobre, oscura,
fué paciente en el sufrir.
Y si el mundo en su descuido
lo tuvo tan olvidado,
el cielo le habrá premiado,
porque supo bien morir.

VII.

A lo lejos..... de mil flores
ornada una tumba veo
y entre sus guirnaldas leo:
«un angel más llevó Dios.»
Bendita sea la infancia
con su cándida inocencia,
flor que nos deja su esencia,
del cielo marchando en pos.

VIII.

A mi paso cien trofeos
se presentan á los ojos,
y en mármoles blancos, rojos,
obra de maestro buril,
un mausoleo me dice
guarda militar navarro
que con su espada bizarro
ganara batallas mil.

IX.

Frente de mí, rica estatua
simboliza á la justicia,
porque le fué muy propicia
á quien yace allí á sus pies.
Letrado sábio y profundo,
que fiel siempre en la balanza,
en Dios puso su esperanza
de negocios á través.

X.

Y en criptas, nichos, panteones
y en el pobre y duro suelo,
contemplo con desconsuelo
y en revuelta confusion,
al pobre, al rico, al anciano,
á la doncella y al niño
en completo desaliño
de la muerte en la region.

XI.

Gloria, saber y talento;

ambicion, aplauso humano,
¿qué son sino un nombre vano
descendiendo al ataud?

La hermosura, las riquezas,
los honores y el trabajo,
¡todo queda aquí muy bajo!.....
solo triunfa la virtud.

XII.

¡La virtud! hija del cielo
que anima nuestra esperanza,
y un más allá..... en lontananza
muestra con luz imortal.
Y en la tumba con su aureola
de la gloria apetecida,
colma al justo en su partida
de consuelo celestial.

XIII.

Como en el revuelto Océano
brilla fanal encendido,
dando al náufrago aterido
puerto ansiado su alba luz,
así en el golfo mortuorio,
donde la vida se estrella,
se alza salvadora y bella
para el cristiano una cruz.

XIV.

Enseña santa y gloriosa,
donde el autor de la vida
quitó á la muerte temida
con la suya el ahijon.
Absorbiendo en su victoria
sus antes duros rigores
dándola á los pecadorés,
cual signo de salvacion.

XV.

Por eso se alza en la tumba
y entre los muertos destaca,
pues su vista al cielo aplaca
y perdona al pecador.
Duermen las generaciones
á su sombra bienhechora
y consuelo da á quien llora
abismado en el dolor.

XVI.

Cruz sagrada, yo te adoro,
y ruego por mi ventura
que en mi humilde sepultura
seas mi mejor joyel.
Pues que al pisar los umbrales
de esta mansion del olvido,
la esperanza siempre has sido
del alma cristiana y fiel.

XVII.

Deja que adore rendido
á quien murió entré tus brazos
por romper los fuertes lazos
que el averno me tendió.
y que á tu sombra medite
ante la faz de la muerte
que lo que importa es que acierte
á amar á quien me salvó.

XVIII.

Pues toda esa pompa vana
que ama el mundo en su locura,
pasa cual fugaz figura
para nunca más volver.
Que la eternidad me espera.....
con su certeza infalible

que el condenarme es posible.....
y aun lo puedo precaver.

XIX.

Y por más que el hombre ciego
la aleje de su memoria
y, lleno de vanagloria
y de riquezas en pos,
corra tras goces libianos
ó por conquistar laureles,
con sus falsos oropeles,
caerá en las manos de Dios.

XX.

Que ante su eterna justicia
pobre y rico son iguales;
mas el que allegó caudales
del bien, huyendo del mal,
ese halla misericordia
por su virtud acendrada,
y el nécio puerta cerrada
ante el recto tribunal.

XXI.

Juez de vivos y de muertos,
que generoso me inspiras
para que evite tus iras
al pié de la santa cruz:
hazme digno de tu gloria
y dásela á mis hermanos,
que al fin todos los cristianos,
gocemos tu eterna luz.

Pamplona 1.º de noviembre de 1870.

M.ª C. S. DE CUMIA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Todo parece anunciar el principio del fin. La solucion se acerca y España asiste con febril ansiedad á las deliberaciones que han comenzado en la Cámara. De ellas depende su porvenir, y todos los españoles tienen el deber de abandonar la desastrosa apatía, la peligrosa indiferencia en que han vivido para mostrar al mundo que conocen sus derechos, que no han borrado en su alma el patriotismo, que tienen el sentimiento de la dignidad.

El gobierno, acusado de sostenedor de la interinidad, deseando probar lo contrario, despues de buscar un candidato al trono en Portugal, en Italia y en Alemania, ha vuelto á fijar sus ojos en el duque de Aosta. Este príncipe, á juzgar por las declaraciones del general Prim, acepta la corona de España, y el ministerio pide á las Córtes su concurso para alcanzarla de sus manos y ofrecérsela.

Dadas las condiciones políticas del país, las Córtes representan la soberanía: y si así no lo creen los que votaron á los diputados en 1869, esperando de ellos otra cosa, tanto peor: con eso se convencerán de que en la práctica el sistema parlamentario es el más opresor, es el que monopoliza en un momento las fuerzas del país, quedando luego en libertad de emplearlas contra el país mismo si la obcecacion de los políticos los lleva á tal extremo.

La nacion, que sabe que el medio legal de elegir Rey, dentro de la legalidad existente por supuesto, es la votacion de la Cámara,

olvidándose de las catástrofes de la Francia, de las calamidades interiores, ha fijado sus ojos en la Asamblea.

Las fracciones han celebrado juntas preparatorias. Los unionistas se han dividido, y si hoy se presentaran los diputados á sus electores no los reconocerian estos por efecto del cambio que se ha operado en su fisonomía.

Como un medio de cumplir con sus anteriores compromisos y de acabar con la interinidad, han convenido, según se cuenta, en votar cada cual en el primer escrutinio con arreglo á su conciencia, y en el segundo dar todos los monárquicos sus votos al duque de Aosta.

Si esto se verifica, la Cámara nos dará por Rey á Amadeo I.—¿Pero le aceptará el país? ¿Sancionará con su entusiasmo ó siquiera con su resignacion la eleccion de este jóven Monarca?

El debate ha empezado y no sabemos cómo concluirá.

Castelar, el célebre orador republicano, ha hecho un discurso cuya lectura recomiendo á todos los lectores; Rios Rosas ha pedido la discusion del protocolo de las negociaciones que se han llevado á cabo para obtener el asentimiento del duque de Aosta, y del debate saldrá mal parada esta candidatura.

Dícese que el gobierno ha comunicado la fausta nueva á las autoridades civiles y militares, sin duda para saber el efecto que produce; dícese tambien que en uso de los derechos que confiere la Constitucion á los españoles, se proponen hacer en muchas partes manifestaciones contra el candidato los que no le quieren y elevar á las Córtes exposiciones para que no le voten.

Todo esto es lamentable.

Nosotros prevemos una larga serie de luchas, de intrigas, de complicaciones, que acabarán de secar las fuentes de la riqueza de nuestro trabajado país.

Por nuestra parte, no conocemos al duque de Aosta, lo cual sucede á la inmensa mayoría de los españoles; solo sabemos que es hijo de Victor Manuel, que nos traerá su política y que nos hará solidarios de los trascendentales errores que, cegado por la ambicion de gloria, ha cometido este Monarca.

¿Conviene á España, antes de arreglar su casa, mezclarse en las cuestiones europeas?

¿Podrá la España católica entusiasmarse con un Rey que será muy católico, pero que es hijo del Soberano que, apoderándose de los Estados de la Iglesia, ha reducido al Papa, al jefe del catolicismo, á la simple condicion de un alto empleado eclesiástico de Italia?

Tarde ó temprano.... ¡siempre ha sucedido así! la soberanía del pontificado quedará restaurada; cuando Europa se reorganice, volverá á ser la silla de San Pedro el trono de un Monarca; Italia perderá lo que ha ganado, luchará, pedirá auxilio á las potencias amigas; y negará á su patria y á su padre el concurso el que si las Córtes le votan será entonces nuestro Rey?

¿Nuestros soldados, que en las aldeas han aprendido la religion antes que la táctica; nuestros soldados, que todos llevarán en el pecho el santo escapulario, recuerdo de una madre que reza á todas horas por sus hijos; nuestros soldados se batirán mañana con los defensores del jefe del catolicismo, del Rey de la cristiandad?

Y si no sucede esto; si, dominado por el espíritu español, se pone el Rey al frente de las tropas en contra de su padre ó de su hermano.... ¡qué triste eventualidad!

Por otra parte, una dinastía no puede nacer más que del derecho ó de la gloria.

El jóven príncipe encontrará á la antigua España, á la España histórica, á la España de las tradiciones en torno del que considera como su Rey legítimo, en torno de D. Carlos de Borbon.

Encontrará á los conservadores liberales acariciando en secreto la esperanza de dar el trono al que juraron príncipe de Asturias.

Encontrará á los republicanos, numerosos, compactos en frente de la monarquía.

Encontrará la indiferencia del país, esa indiferencia que fué la losa fúnebre de doña Isabel, que ha dejado al gobierno y á las Córtes vivir y funcionar á su gusto, que con su glacial actitud enervará los mejores deseos de cualquier soberano trasplantado.

Estas consideraciones, hijas de los temores que nos inspira el porvenir, asaltan á todas las imaginaciones, y la lógica se abre paso.

—Primero la república, dicen los elementos medios con tendencias al liberalismo.

—Primero D. Carlos, dicen los elementos medios con tendencias al principio de autoridad.

Yo no sé, en vista de lo que ocurre, las ideas que predominarán en el país vasco-navarro. Su política, si hay lógica, no es dudosa. El catolicismo y los fueros son su bandera: sus representantes no pueden hablar hoy en las Córtes; pero en circunstancias tan graves, y no teniendo representacion, queda á las provincias hermanas el derecho de elevar á la Asamblea exposiciones manifestando su opinion y sus deseos.

Lo que el país vasco-navarro acate, eso acataremos nosotros; porque sabemos que en sus resoluciones de hoy será digno de su historia de ayer.

La cuestion magna ha borrado todas las demás: solo se habla del Rey, de la votacion, de las eventualidades.

De esta hecha la crisis acaba, aunque no falta quien crea todavía que del debate saldrá la interinidad con robustez para un par de años más.

Todo es posible.

J. N.

HISTORIA DE UN MINUTO

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuacion.)

Su mujer le sorprendió en aquellos pasos, y, cogiéndole del chaqueton....

—Anda, arrastrao, anda á casa, que vas á matarme á pesadumbres; ¿te has olvidado de que están las botas allí muertas de risa?

—¿Si? dijo el Sr. Roque dirigiéndole una mirada vaga.

Y tambaleándose añadió:

—¿Se mueren de risa? pues que las entieren, y á ti tambien.

—¿Has bebido, tunante?

—Yo no he bebido.... es mentira... que lo diga el Sr. José.

El Sr. José se acercó á la maestra, y para atestiguar lo que decia el zapatero hasta quiso abrazarla.

En resumen: la pobre mujer tuvo que llevarse á su marido, el cual estaba, más que para darle á la lezna, para tenderse á la larga y dormir la turca.

En esto llegó un nuevo recado del señor de Lara.

—¿Y esas botas?

—Aun faltan diez minutos.

—Pero, por Dios, señora, mire Vd. que mi amo está impaciente. Ya se ha vestido, y....

—Diga Vd. que las lleva en seguida el aprendiz.

—¿Pero qué les falta?

—Darlas unto.

—¿Pues nó son de charol?

—Falta darles un poco de cera en la suela.

—¿Para que se resbale mi amo y se caiga?

—En fin, no sé lo que les falta, pero están acabándolas. Diga Vd. que van en seguida.

Y la pobre mujer:

—¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer? Voy á una zapatería á ver si tienen botas de la misma medida, porque ese hombre, ese hombre...

Y se puso la mantilla y á todo escape recorrió varias tiendas infructuosamente.

Entretanto D. Diego de Lara, que tenia el mayor interes en asistir á la audiencia que le habia concedido S. M. para impetrar el perdon de un reo á quien defendia, se impacientaba, y no pudiendo resistir más, con zapatillas salió á la calle, aguardó á que pasara un coche, se metió en él y llegó en un momento á casa de su zapatero.

La maestra acababa de llegar.

El abogado estaba de lo más pintoresco que puede darse: frac negro, chaleco idem, corbata blanca y zapatillas de alfombra.

—Vamos á ver, ¿están ya esas botas? dijo entrando.

—¡Ay! no señor, exclamó la maestra.

—¿Que no están?
 —No, señor.
 —¿Pero Vd. ignora que las necesito?
 —No, señor.
 —¿En dónde está su marido de Vd.?
 —No me hable Vd. de él.
 —¿Pues no he de hablarle? Es preciso que venga y me diga por qué ha faltado á su palabra.
 —Todo lo que Vd. quiera, pero no hay botas.
 —¿Conque es decir que ahora, cuando solo faltan unos pocos minutos para la hora de la audiencia, cuando ya he despedido el coche, no tengo más remedio que irme en zapatillas de tienda en tienda buscando unas botas? Esto no puede quedar así. Es una infamia y me la pagarán Vds.
 —¿Por amor de Dios!..... No ha sido posible, crea Vd.....
 —Lo que yo sé es que su marido de usted es un trapalón y me las pagará.
 —Oiga Vd., á mi marido no se le trata de ese modo.
 —A su marido y á Vd..... son ustedes unos canallas.
 No bien habia pronunciado estas palabras, cuando se presentó el Sr. Roque con una sila enarbolada.
 —¿Canallas, dijo, canallas! Porque yo esté un poco bebido, ¿vá Vd. á tratar mal á mi mujer?
 Y sin decir más, descargó un silletazo sobre su cliente.
 Este, que estaba cerca de la puerta, no encontró más recurso para librarse del golpe que abrir la vidriera, razon por la cual la silla cayó sobre los cristales, haciendolos mil pedazos.
 Esto detuvo á los transeuntes y exacerbó al zapatero, porque, á pesar del estado en que se hallaba, comprendió que aquel golpe le iba á costar caro.
 Corrió detrás del abogado, y este, que al salir se habia resbalado, cayó en el suelo, haciéndose un chichon considerable, y dió lugar á que cayera el Sr. Roque, tropezando con él.
 La policia tardó algun tiempo en llegar. Esto no sucede siempre, pero entonces sucedió.
 El resultado fué que el Sr. de Lara tuvo necesidad de aguardar un cuarto de hora mientras que le vendaban la frente y le

buscaban un coche para llevarle á su casa.
 El Sr. Roque fué conducido á la prevención; pero de todos modos, el resultado fué que el abogado se quedó sin botas, ganó un chichon, se estropeó el frac y los pantalones y le fué de todo punto imposible asistir á la audiencia.
 Todavía no terminan aquí para estas dos personas las consecuencias de un minuto perdido.
 A su tiempo volveremos á verlas.

IV.

EFFECTOS DE UNA H.

Doña Mercedes estaba preocupada por el suceso que habia llamado la atención de todos los vecinos de la calle, y al mismo tiempo por los paseos que enfrente de sus balcones habia dado el amante de Hortensia.
 Queriendo ocultar á los ojos de los vecinos que paseaba la calle á la linda marquesita, hacia de cuando en cuando telegrafos á doña Mercedes, y esta estaba en áscuas porque le parecia el jóven muy atrevido y no sabia que partido tomar si por acaso llevaba su atrevimiento hasta el punto de comiarla en una carta la pasión que sentia.
 Un fuerte campanillazo vino á sacarla de su preocupacion.
 —Abre, Martina, dijo, que debe ser mi esposo.
 —Y tanto como es él. Llama con un imperio....
 Un minuto despues, entró D. Melquiades gritando:
 —¡A ver, la sopa, pronto!
 —Voy á poner la mesa, dijo la criada.
 —¿Todavía no está puesta?
 —No, señor.
 —¡Vaya una cachaza que tienes!
 —Si acaban de dar las cuatro.....
 —Son las cuatro y uno; pero está visto, nunca han de estar las cosas á punto.
 —Ten paciencia, hombre.
 —¿Qué paciencia ni qué ocho cuartos? Esto es un desórden, aquí nadie anda derecho. Si tú fueras mujer de tu casa.....
 —Veo que vienes de mal humor.
 —Me sobran motivos.
 —¿Qué te ha de sobrar?
 —Nada, tengo el jefe más bárbaro que hay en las oficinas del Estado.

—¿D. Meliton?
 —Un bruto; es hermano del ama de cria de un hijo del ministro, y me lo ha hecho jefe de seccion. Así es, que no sabe dónde tiene su mano derecha. Se ha empeñado en que *haber se escribe sin h*.
 —¿Y á ti, qué más te dá? ¿No es tu jefe? Quita todas las hh que te mande.
 —¿Y la gramática? De algo me ha de servir ser hombre de carrera.
 —De mucho te sirve la tuya.
 —Sí, señora; soy abogado.
 —Si no hubiera sido por el empleo, te moririas de hambre con tu título y todo.
 —Porque todo anda mal. Pero ya se las he tenido tiesas á D. Meliton, he mandado traer el Diccionario y le he aplastado; que se ande en chiquitas conmigo..... Pero, muchacha, esa sopa.....
 —Ya voy, señor, ya voy.
 —¿Y tú te estas con esa calma?
 —¿Y qué he de hacer?
 —Lo que hace una mujer de gobierno; entrar en la cocina.
 —Vamos, no vuelvas á las andadas.
 —La sopa está en la mesa, dijo Martina entrando.
 —Me alegro, tengo apeito..... Ya se ve, como que estoy con el chocolate desde las ocho.
 Los dos esposos pasaron al comedor, y D. Melquiades, al tomar la primera cucharada:
 —¡Uf! exclamó dejando caer la cuchara con estrépito; esta sopa está ahumada.
 —No, hombre, no.
 —Te digo que está ahumada, no se puede comer. Venga el cocido, pronto.
 El cocido estaba quemado.
 —Vamos, es imposible comer en esta casa, dijo D. Melquiades. Si no estuviéramos á 23 me iba á la fonda y te dejaba.
 —Pero, mujer, exclamó doña Mercedes encarándose con la criada; ¿te parece decente presentar una comida como esta?
 —Toma, señora, no tengo yo la culpa.
 —¿Cómo que no la tienes, descarada?
 —Eché mucho carbon.....

(Se continuará.)

MADRID.—1870.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año...	48
En Cuba y Puerto-Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de America, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

- MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).
- PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.
- VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Libreria de D. Bernardino Robles.
- SAN SEBASTIAN: Libreria de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.
- BILBAO: Libreria de D. Juan E. Delmas.—Libreria de D. Tiburcio Astuy.
- TOLOSA: D. Pedro Guruchaga.
- HABANA: Propaganda Libreria, Habana, 110.

